



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



4 de mayo de 1889



Núm. 79



CASTILLOS DE CARTÓN

Ayuntamiento de Madrid





## UN RATO DE CHARLA

Berlín, 25 de abril de 1889

**B***usensfreund Antonchen*: Te engañaría como á un chino si te dijese que en ésta nos tomamos el menor interés por el proceso instruido con motivo del robo y asesinato de la señora viuda de Varela: la cosa nos trae completamente sin cuidado; pero en cambio ha extrañado mucho todo el mundo el papel que está desempeñando con esta ocasión la sociedad española. En tertulias y paseos se escandaliza la gente de lo que leen en nuestros periódicos respecto á la apoteosis de que es objeto una de las presuntas criminales. Hasta hay quien asegura que los diarios de Madrid insertan biografías de dicha reo y describen los trajes que estrena y la forma en que se peina; pero el colmo es la voz que ha hecho correr algún guasón de que la protagonista del proceso tenía *salón* abierto, al cual concurrían obispos, diputados, grandes de España, etc, etc. No será extraño que la *Kladderadastch* publique una caricatura alusiva á este asunto.

El otro día, gracias á *la plancha* cometida por un traductor ignorante, hubo aquí una momentánea alarma que á poco más trasciende á la Bolsa. Recibióse un telegrama de Madrid en que se leían estas palabras: «Guerri-*ta* alcanzado inmenso triunfo;» traduciendo el misero foliculario *Guerri-*ta** por *kleine Krieg*, con lo cual todo el mundo se figuró que había ocurrido algún pronunciamiento, ó cuando menos un combate en las inmediaciones de Ceuta. Pidiéronse al momento explicaciones á nuestro embajador, y por fin se supo que el telegrama se refería á la ovación alcanzada por un espada llamado *Guerri-*ta** en una corrida de toros.

Por cierto que nuestros hombres políticos no aciertan á comprender cómo un país tan miserable como parece ser España, donde la Hacienda tiene embargadas 600,000 fincas, puede permitirse el lujo de pagar con un 75 por 100 de prima las localidades de aquel circo. Esto, y el gastarse



16 millones de duros anuales en la lotería, no nos hace augurar muy bien de vuestro país.

Seguimos tan esperanzados como siempre de que Marruecos venga al



El organillista

fin á nuestro poder, y esperamos que en breve podremos darnos las manos, como buenos vecinos, desde la costa africana á la española. Nuestro emperador no piensa en otra cosa más que en la marina, y sin duda alguna confía que desempeñará un papel brillante si llegase el caso de tener que disputar Marruecos á la República Francesa. Para cuando llegue el caso de ser nuestro todo el Maghreb, os prometemos levantar en Tánger, Mostazá.



y Tetuán respectivamente buenas plazas de toros, en la seguridad de que no nos faltará vuestra concurrencia si organizamos un buen servicio de vapores con ida y vuelta.

Y ahora vamos á hablar un poco de literatura. En esta parte hay que reconocer que las cosas no van bien. ¿Sabes qué autor es el más leído? Pues uno francés, M. Paul Bourget. No diré que no sea un escritor eminente, pero eso de que sea francés no me acaba de agradar. Eso sí: nadie como él para profundizar en el corazón de la mujer: sus heroínas encantan y fascinan, y parece imposible que haya hombre que sepa sondear con tanta habilidad los secretos de su interior. Por supuesto que todas sus heroínas son distinguidísimas, elegantísimas, hermosísimas hasta el prodigio, y las desgracias que ocasionan interesan grandemente, pues no se trata de robos, ni de chamusquinas con petróleo, ni de bandolerismo, sino de tempestades del alma. Su novela de *Andrés Cornelis*, inspirada en el celeberrimo crimen de los Peltzer de Bruselas, es á juicio de muchos una obra maestra de análisis. Si yo le conociera, le escribiría hiciese otra basada en los amores de esos reos que tanto os divierten actualmente y cuya ejecución en garrote, si va alguno al palo, atraerá sin duda una simpática concurrencia; pero dudo le conviniese, pues lo que él busca es psicología, por ejemplo un crimen como el de Chambige, como el del desgraciado coronel D..., de Barcelona; quizás como el mismo de la calle de Don Ventura, de Valencia, y esos criminales de Madrid no creo den más de sí que anatomía pura, y aun anatomía de albéitar. Pueden ser quizás interesantes para un cómitre, mas no para un artista.

Prepárase una nueva edición del *Don Quijote* (en castellano) para una exportación á la América española. Es un libro cuya actualidad no pasa nunca para vosotros: Quijotes de Dulcinea, Quijotes de una presa por delito común, ó Quijotes de otras cosas que me callo, siempre habéis sido, sois y seréis Quijotes, y por eso os luce tanto el pelo. Nosotros dejamos de serlo hace ya mucho tiempo, no quedándonos más recuerdos de aquella época que nuestro *Romancero*, quiero decir, los *Nibelungos*.

No dejes de tenerme al corriente de cómo van las pruebas del *Peral*, por más que no dudo que nuestros agentes en el Maghreb estarán á la mira de lo que pueda resultar.

*Ganz der Deinige,*

*Max Bitter*

Por la copia:

ANTOÑITO







## LA CINTA AZUL

CADA vez que abría su devocionario llamaba grandemente mi atención que á guisa de guía se ocultara entre sus páginas una ancha cinta azul. Estimábalo al principio como á detalle de gusto más ó menos dudoso; pero, al observar en distintas ocasiones el bondadoso embeleso con que Margarita contemplaba aquella cinta, me decidí á preguntarle la causa de sus preferencias por aquel objeto al parecer insignificante y que sin embargo tan preferentes demostraciones le merecía.

Complaciente siempre conmigo, me contó Margarita lo que voy á referiros:

—Era muy niña,—me dijo,—cuando entré en la pensión. El alejamiento de la familia me ocasionó honda tristeza; y la pena que sentía, el malestar que á su impulso me dominaba, fué traducido como á síntoma de mal carácter por las religiosas encargadas de las clases á que asistía, y sobre todo por mis compañeras. Me creían discolá, soberbia é inobediente, y como niña rebelde me trataron todas. Por mi parte, me preocupé poco para desvanecer su error. Al contrario: persuadida de la injusticia con que se me trataba, ni atendía las reprensiones, ni me importaban los castigos que se me imponían. Todo me era absolutamente igual: lo mismo me daba ser la primera como la última de mi división; y así trascurrían los cursos, encontrándome cada vez más aislada y fuera de mi centro dentro de aquella gran familia en-



El amor á las muñecas



cargada de hacerme olvidar los cariños y cuidados de la mía. No se vertía un tintero, ni se venía abajo un pupitre, ni se derribaba un banco, sin que las alumnas de mi clase me lo atribuyesen á mí; acusación que era creída como veraz por las religiosas, que dieron en llamarme, desde mi ingreso en el colegio, *el desorden de la clase*.

Llevaba algunos años de estar en él pensionada, cuando un sábado por la tarde la campana del *Angelus* nos anunció que Nuestra Madre (1) iba á entrar en la clase para dar lectura á las notas trimestrales y repartir los premios entre las alumnas merecedoras de ellos. Inmediatamente recogimos las



El amor á las muñecas

labores, arreglamos los pupitres, nos ceñimos la banda verde, distintivo del uniforme del colegio, y las *buenas*, esto es, las hijas de María, las de San Luis, las del Angel y las del Sagrado Corazón, colocaron respectivamente en su pecho las cintas azules, violeta, verde y rojo, emblema del bando á que pertenecían. Las *buenas* eran las más, constituían una mayoría enorme: de ahí que las que no éramos hijas de *nadie* resaltáramos como una nota discordante en medio de aquel cuadro de colores.

A los pocos instantes se abrió la puerta de la clase, y Nuestra Madre apareció en ella. Sin que se percibiese el más leve ruido de bancos ni taburetes, todas nos pusimos de pie. Nuestra Madre subió las alfombradas gradas del estrado; colocóse con majestuosa actitud entre el sillón que debía ocupar y la mesa que contenía los cuadernos y cuadros de las buenas y malas notas; paseó rápidamente su dulce y escrutadora mirada por todas nosotras, dando inmediatamente con los nudillos algunos suaves golpes encima de la mesa. Era la señal de que podíamos sentarnos.

Hicimos una profunda reverencia, nos sentamos todas, y Nuestra Madre

(1) Así se llama en algunos colegios franceses á la religiosa que ejerce de superiora.



se sentó á su vez, quedando de pie á su lado la religiosa encargada de leer las notas de las educandas.

Empezó la lectura. Ningún trimestre había obtenido yo peores notas, ó, mejor dicho, ningún trimestre me las habían apuntado peores. Al principio me disgusté mucho. Después fué tal la indiferencia con que atendía, que algunas veces ni tan siquiera me levantaba al oír como la religiosa leía mi nombre. No lloré ni hice demostración alguna de disgusto, como en otras ocasiones. Al contrario: mi serenidad era mayor cuanto más manifiesta resultaba la injusticia de las faltas que se me atribuían. Procedióse al reparto de premios,



El amor á las muñecas

terminado el cual levantóse Nuestra Madre y con acento algo severo exclamó:

—Hoy no concedo recreo. La señorita Alvarez,—Álvarez, como me llamaba ella,—que me siga.

Prodújose en toda la clase un rumor extraño, que fué sofocado inmediatamente por el respeto que Nuestra Madre nos infundía. Mis condiscípulas me miraron con cínica crueldad unas, con algo de compasión otras. Yo sentí angustia y rubor á la par, pero abandoné resuelta mi sitio y seguí á la superiora. Atravesamos el salón de música, varias salas de estudio, y penetramos en un ancho corredor, en cuyo extremo se veía entreabierta la puerta de la estancia en que debía entrar: la conocía bien. Allí íbamos las niñas cuando cometíamos alguna falta grave; allí nos amonestaba Nuestra Madre con todo el rigor que su autoridad le concedía. Entramos las dos. Sentóse la superiora junto á su pupitre, y yo quedé á su lado, inmóvil y preocupada, esperando su reprensión. La madre, sin embargo, no desplegaba sus labios, inspirándome dulce confianza la expresión de bondad que se reflejaba en su semblante. Recobrada mi tranquilidad de espíritu, mi vista empezó á vagar por cuantos objetos adornaban aquella vasta y modesta estancia. Veíase en su fondo una



pequeña cama imperial con pabellón blanco y edredón de seda azul. Junto á la cama un reclinatorio, con rústica cruz en el fondo del respaldo. En los desnudos lienzos de las paredes, estantes y *étages* conteniendo libros é imágenes de talla; un ángel sosteniendo una pila de agua bendita. En una silla un pequeño bastidor mostraba delicada tapicería; más allá una caja entreabierta dejaba ver estampas, cintas, medallas, cruces y otros objetos destinados á premios para las educandas. Yo lo contemplaba todo con infinita curiosidad.



El amor á las muñecas

Aquellos objetos parecían hablarme y hasta prodigar dulces consolaciones á mi corazón. Al poco rato Nuestra Madre me sacó de aquel agradable ensimismamiento, llamándome á su lado.

—No estoy contenta de las notas que todos los trimestres obtiene V.,—me dijo.—Es preciso que procure V. conseguir las mejores. Aquí se viene á aprender, no á perder el tiempo; y yo, como á madre de todas Vds., debo procurar que cumplan estrictamente con su deber. ¿Por qué no estudia V., señorita?

—Madre, sí que estudio,—contesté.

—Distraída siempre. ¿No es eso?

—No, madre: pongo toda mi atención.

—Entonces, vamos á ver si contesta V. á lo que le voy á preguntar.

A seguida me dirigió varias preguntas de historia, gramática, geografía, aritmética y demás. A medida que iba contestando, la Madre parecía sor-



prenderse, tanto que, al dar por terminado aquel improvisado examen, abrió la caja de recompensas, tomó esta cinta azul, distintivo de las Hijas de María, y, colocándola en mi pecho, me dijo:—Llévela V., que bien merece usarla. Ahora puede V. pasar al refectorio, ya que es la hora de la merienda, y decir á sus compañeras que en obsequio de V. concedo recreo.

Besé la mano de Nuestra Madre, y, fuertemente conmovida, abandoné su habitación. Al llegar al refectorio no percibía más que el vago golpear de algún vaso de plata que chocaba contra el mármol de las mesas. Reinaba un silencio excepcional. Entré, é instantáneamente todas mis compañeras se fijaron en mi cinta azul. Hasta la misma religiosa, sin poder dominar su sorpresa, me preguntó con su acostumbrada sequedad:

—¿Qué es esto?

—La cinta de Hija de María: Nuestra Madre acaba de concedérmela,—le contesté.

La sorpresa de la religiosa fué entonces mayor, y por la expresión que se reflejaba en su semblante comprendí que del mejor gusto me hubiera despedido de ella. Por su parte, mis compañeras, mis enemigas de una hora antes, me colmaron de agasajos y obsequios, conviniendo todas en la justicia con que había procedido Nuestra Madre al otorgarme la más alta distinción. A la mañana siguiente hubo cambio completo en el profesorado. Por manera que no volví á ver más aquella religiosa que me tenía tan presente para apuntarme en el cuaderno rojo. Y fui buena desde aquel día. Esta cinta azul me obligaba á serlo, y siéndolo fuí feliz. Ya no me pareció un destierro el convento, ni me encontré sola entre aquella gran familia, ni un solo día lloré. Digo mal: sí que lloré un día amarga y desconsoladamente: el día que dejé la pensión y me despedí de mis condiscípulas y besé por última vez aquella mano que me dió esta cinta azul.

ANTONIA OFISSO







## EL ABANICO



ODAS vosotras, queridas niñas, sabéis lo que es un abanico; pero muy pocas, tal vez ninguna, conoceréis su historia.

Ilustraros acerca del particular es lo que me propongo en este artículo que tengo el gusto de dedicaros y que no dudo leeréis, aunque sólo sea por corresponder á mi galantería.

De este modo, cuando el próximo verano vuestros cariñosos padres os regalen un abanico para que os defendáis de los rigores del calor, podréis sorprenderles agradablemente contándoles algunos datos acerca de la invención de tan útil instrumento, los cuales son fruto de mis diversas lecturas.

Ahora, con vuestro permiso, entro en materia.

La invención del abanico se remonta á una época muy lejana. Tuvo su origen en los climas de Oriente, donde la temperatura sofocante exige el empleo continuo de todos los medios útiles para refrescar la atmósfera.

En Egipto, según un historiador, en tiempos de guerra eran enarbolados á guisa de estandartes, y durante los de paz servían en los templos para ventilarlos y apartar los insectos volátiles que se posaban en los objetos del culto.

Una leyenda china explica el origen del abanico de la siguiente manera: «Una noche, la hija de un mandarín, que se encontraba en la fiesta de las linternas, á causa del excesivo calor se vió obligada á quitarse la careta. Por no exponer su rostro á las miradas profanas, sostuvo el antifaz lo más cerca posible de la cara, agitándolo continuamente para hacerse aire. Con la rapidez del movimiento que imprimía su mano al antifaz, no dejaba distinguir su fisonomía. Las otras damas testigos de esta atrevida y encantadora innovación, la imitaron, viéndose de repente millares de manos agitando los antifaces.» Este acontecimiento originó la invención del abanico según la leyenda; pero una crónica japonesa atribuye la invención á Tamba, el cual, viendo, el año



La verde enredadera  
á los efluvios de la primavera  
alarga sus ramillas  
bordadas de sedosas florecillas  
que la esbelta labriega,  
en actitud de una escultura griega,  
arranca con cuidado  
para presto llevarlas al mercado.

A.





670 de la era cristiana, *volar* á un murciélago, concibió la idea de imitar con tela los movimientos de las alas de dicho animal.

Desde China se extendió el uso del abanico por la India y Persia, donde los fabricaban con crines.

En Grecia se usaban también los abanicos. Primero los hacían de ramas de mirto y hojas de plátano. Después, en el siglo v de nuestra era, los fabricaban de plumas de pavo. En Roma los construían de tablitas de madera muy finas y perfumadas para uso de las damas. En los grandes banquetes, los esclavos, provistos de abanicos, se colocaban detrás de los convidados para es-

pantarles las moscas. Una elegante romana no salía de casa sin ir acompañada de una esclava que le llevase el abanico.

Los poetas Terencio, Ovidio y Propertio aluden en sus obras al uso del abanico. Aun puede verse en las pinturas de los vasos antiguos, en los bajos relieves y otros objetos artísticos, lo mucho que se había generalizado su moda.

En la edad media los abanicos se construían con plumas de faisán sujetas á un mango de oro, plata ó marfil. Las damas los llevaban pen-



El perro fiel

dientes á la cintura por medio de una cadena de metal.

En aquella época ya se vendían en los mercados de Levante, en los cuales eran uno de los artículos más buscados y lucrativos.

Catalina de Médicis los introdujo en Francia. El que ella usaba se cerraba como los de nuestros días. Esta innovación fué favorablemente acogida por los caballeros, que no desdeñaron usar abanicos lo mismo que las señoras.

Durante el reinado de Enrique III tuvieron gran éxito. El mismo monarca lo usaba en las recepciones á juzgar por lo que dice un historiador francés de aquella época. Pero el verdadero apogeo del abanico fué en tiempos de Luis XIV y Luis XV, que fué objeto, según aun puede verse en algunos museos, de verdadero lujo. Entonces el abanico era completamente indispensable del tocado de las damas.

En China y en el Japón el abanico es todavía accesorio obligado del traje nacional: forma parte del equipo del ejército y del uniforme militar.

En España, donde la fabricación del abanico tanto se ha generalizado, éstos andan en manos de todo el mundo durante la canícula. Sin embargo, las mujeres son las que más los usan en todo tiempo. Verdad es que pocas mujeres hay que los sepan manejar con más gracia que las españolas, maestras en



tan difícil arte. Un abanico en manos de una andaluza no es conjunto artístico de papel y varillas de más ó ménos valor: es un lenguaje mudo que sólo las hijas de la tierra de María Santísima saben hablar.

Las coquetas convierten el abanico en pantalla detrás de la cual atisban á sus adoradores y los hacen blanco de sus burlas. No imitéis jamás, queridas niñas, á esas despreciables mujeres. Al contrario, si alguna vez os sirve el abanico de pantalla, que sea con un fin honrado: por ejemplo, con el de apartar vuestro rostro, teñido por el rubor, cuando labios indiscretos traten de empañar la aureola de vuestra inocencia.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



## —•• NUESTROS GRABADOS ••—

### CASTILLOS DE CARTÓN

Juanito quiere que su hermano Antonio forme con los cartones un castillo que tenga mucha elevación; pero tanta se le quiere dar que al fin se derrumba.

—No importa,—dice el niño;—comencemos otra vez, y veamos si puedes hacerle llegar á la altura de tu cabeza: ha de tener lo menos cuatro pisos.—Antonio procur acomplacer á su hermano; pero, á lo mejor, este último toca involuntariamente uno de los cartones de la base con el pie, y el edificio se hunde, lo cual hace reir á Juanito, que pasa las horas muy divertido haciendo castillos en el aire.

### EL ORGANILLISTA

Con tardo y fatigoso paso, el pobre organillista recorre plazas y calles, dejando oir sus diversas tocatas, que muchas veces parecen más tristes de lo que son, por el mísero aspecto del ejecutante. Y, lo mismo en verano que en invierno, circula entre la afanosa población, siempre con su pesado instrumento, y á veces ha de implorar la caridad pública, porque los cuartos que recoge apenas bastan para su subsistencia.

### EL AMOR A LAS MUÑECAS

Julia había formado una caseta con varias tablas, sólo para su muñeca; mas como eran muy frágiles, debía temerse que se vinieran abajo cuando el viento soprase con fuerza, pues la tenía al descubierto en el jardín, donde Julia pasaba mucho tiempo cortando flores ó arreglando las plantas. Tanto quería á su muñeca, que hasta durante esta ocupación la llevaba en brazos. Un día se presentó á su mamá con una amiguita suya que solicitaba permiso para guardar también su muñeca en la caseta, y, naturalmente, le fué concedido. Todo marchó bien durante algún tiempo; pero cierta mañana, el perro de Julia, que era muy corpulento, corriendo por el jardín, saltó sobre la caseta y derribóla, quedando entre los *escombros* las muñecas, sus sillitas y todos los juguetes allí encerrados. Julia dijo á su mamá que había ocurrido un terremoto.



## EL PERRO FIEL

El joven Pedro está ya cerca de su casa, después de emprender una correría, montado en su borrico, cuando echa de ver que ya no le sigue su perro. No solamente teme haber perdido el animal, sino también una cesta que llevaba, con dos conejos dentro. Pica espuelas á su montura para recorrer de nuevo lo andado, y á poco divisa á su fiel perro, que, cansado de llevar tanto peso en la boca, está descansando y ladra de contento al ver á su amo.

## EL PAVO REAL

Tenemos un pavo real que cuenta ya veintinueve años, y por eso le hemos dado el nombre de *General Veterano*. El número de las plumas que más le adornan, según yo calculo, no bajará de doscientas, todas ellas magníficas, y algunas de ellas de tres ó cuatro pies de longitud. No se podría imaginar más brillante uniforme.

Algunas veces el ave presenta un aspecto magnífico: tiene la facultad de extender todas las plumas más largas, formando con ellas como un inmenso abanico, realzado por brillantes colores, en los cuales predominan el azul, el verde y el amarillo; en cada pluma hay un círculo que figura como un ojo, constituyendo todos un conjunto vistosísimo y soberbio.

Nuestro *General* es muy doméstico y conoce perfectamente á los niños. Ha tenido ya una cría, y todos los pequeños pavos reales se asemejaban á la hembra como una gota de agua á otra; de modo que cuando sean grandes no habrá entre ellos más diferencia que la que se nota por el sexo.

Esta magnífica ave, que tanto apreciábamos, murió cuando le faltaba menos de un año para cumplir los treinta, y nos causó más pesar que si hubiéramos perdido un perro ó un gato.





## LOS GUANTES DE LIMERICK

(Continuación)

—¡Pasan en Hereford cosas fatales, señor alcalde, cosas muy fatales!

—¿Fatales? ¿Cómo es eso? Me han dicho, por el contrario, que todo el mundo estaba muy alegre en el pueblo. Creo que se ha dado un baile esta noche pasada.

—Tanto peor, Sr. Marshal, tanto peor; y esto es lo que opinan todos los que piensan, con razón, que hay que ver, como hago yo, el fondo de las cosas.

—Tanto mejor, por el contrario, Sr. Hill,—repuso el señor Marshal riendo;—es la opinión de todos los que piensan, con razón, que no hay que ir á mirar el fondo de las cosas de más cerca que no lo hago yo mismo.

—Pero, señor alcalde,—repuso el presidente de la Obra con tono más solemne aún;—no es caso de chancearse; no hay por qué reirse: os lo aseguro. Sabed, señor alcalde, que durante la noche de ese baile maldito nuestra catedral habría infaliblemente volado por los aires á no haber estado yo allí.

—¿De veras, señor mayordomo? Pero decidme, os ruego, cómo habría volado así la catedral y qué había de diabólico en ese baile.

El Sr. Hill se apresuró á contar al Sr. Marshal toda la historia de su aversión hacia O'Neill

y las sospechas que había concebido sobre el particular desde la primera vez que lo había visto en Hereford, refirió de la manera más prolija todo lo que el lector conoce ya, y acabó diciendo que estaba seguro de lo que decía, y que, por lo mismo, venía á entablar una querella contra aquel miserable irlandés; convencido,—añadió,—de que los tribunales lo tratarían en seguida como se merecía.

—La justicia lo tratará como se merece,—respondió el Sr. Marshal;—pero antes de recibir vuestra demanda, ¿tendríais la bondad de decirme cómo os las habéis compuesto para estar tan seguro como decís de vuestras aseveraciones?

—Sr. Marshal,—replicó nuestro prudente personaje;—esto es un secreto que solamente os puedo confiar á vos.—Y le dijo por lo bajo, al oído, que le constaba todo por los informes de Bampfylde, el rey de los gitanos.



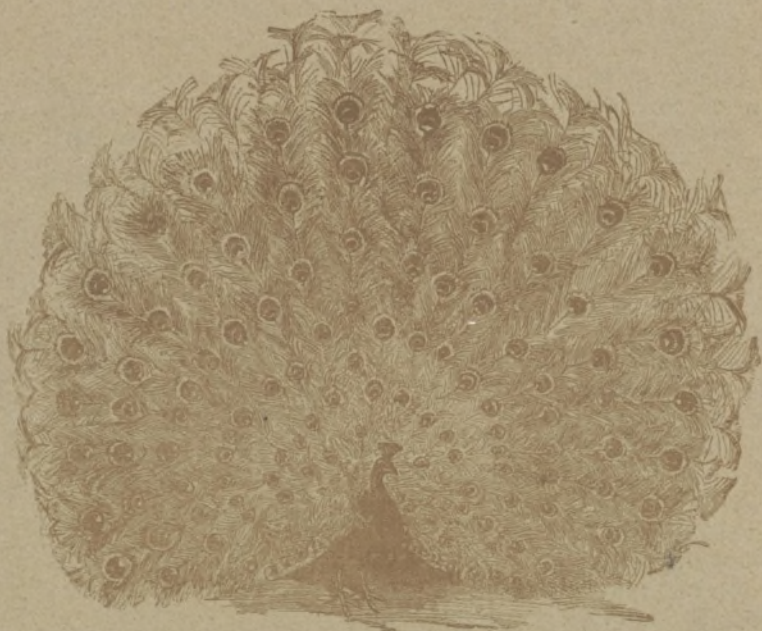
El pavo real



El alcalde prorrumpió en una gran carcajada, y después, recobrando su gravedad, dijo:

—Mi estimado Sr. Hill, pláceme de veras que no os hayáis engolfado más lejos en este asunto y que nadie en Hereford, excepto yo, sepa que estáis á punto de presentar una demanda basada en el testimonio de Bampfylde, rey de los gitanos. Seríais el hazme reir de la ciudad para el resto de vuestros días. ¡Un hombre tan formal como el Sr. Hill, todo un presidente de la Obra, todo un mayordomo de la catedral!

El Sr. Marshal conocía bien el carácter del hombre á quien se dirigía: sabía que el Sr. Hill no temía en el mundo nada tanto como el ridículo. El ma-



El pavo real

yordomo, confuso, se sonrojó, y, ajustándose el peluquín para recobrar su aplomo, repuso:

—Y ¿por qué se burlarían de mí, Sr. Marshal? No hay una sola persona en Hereford que haya tomado á broma lo que he referido á propósito del boquete practicado en los cimientos de la catedral, y todo el mundo ha sido de mi mismo parecer.

—Pero ¿les habéis dicho á esas personas que habíais ido á consultar al rey de los gitanos?

—Eso, no señor: no se lo he dicho á nadie.

(Se continuará)

✕

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.